

Las mismas dan cuenta de la premura con la cual componía y desarrollaba sus actividades el joven de 29 años en lo que era la cúspide de su carrera. Wolfgang había terminado la creación de este, su 20º concierto para piano y orquesta, el 10 de febrero por la noche y, al atardecer del día siguiente, lo estrenaba en calidad de solista. Fue este uno de los pocos conciertos importantes y para su propio beneficio que tuvo la oportunidad de ofrecer, siendo adulto, en la capital imperial. El lugar de la cita fue el salón de baile del primer piso del Casino del Mehlgrube. Diseñado por el gran arquitecto Johann Bernhard Fischer von Erlach en 1697, este edificio que reemplazaba al anterior mercado de la harina (Mehl) era utilizado frecuentemente desde 1781 como sala de conciertos.

El piano era el instrumento que se imponía en el gusto vienés de entonces mientras el género del concierto, en el cual un solista dialogaba con el grupo orquestal, ganaba adeptos y alcanzaba a un público cada vez más amplio al pasar de los salones privados a escenarios de teatros, casinos y hoteles integrando programas a los cuales se podía acceder a cambio de la compra de entradas por suscripción.

La insistencia sobre el Re menor, tonalidad principal de la obra, está presente en el suspensivo inicio del primer movimiento, *Allegro*. Ese sombrío primer tema de la exposición orquestal, anhelante por su construcción anacrúsica culmina con marciales ritmos puntillados en los cuales brillan trompetas y cornos, dando paso a un breve y delicado segundo tema para culminar con dramáticos gestos que pasan de ansiosos e insistentes motivos de notas repetidas a trazos que se desvanecen entre los silencios. Y entonces, sin mayor preámbulo, hace su entrada el piano con una envolvente e introspectiva melodía encabezada por la nota Re y su réplica a la octava. Sobre la reiteración del primer tema comienza entonces el despliegue del solista y, desde entonces, un estrecho diálogo de éste con el grupo orquestal. Sería esta una de las obras concertantes favoritas de Beethoven quien, en su juven-



Bernardo Bellotto "Canaletto", *El nuevo mercado en 1760*. A la derecha el Casino del Mehlgrube donde Mozart estrenó su Concierto para piano KV. 466.

tud, la interpretó públicamente en más de una ocasión, añadiendo sus propias cadencias en este primer movimiento como así también en el último.

Mozart tituló *Romanza* al segundo movimiento, sin especificar una marcación de *tempo* para el mismo. Una sencilla y memorable melodía a cargo del piano y replicada por la orquesta da inicio a esta parte central de la obra que transcurre a través de un formato de rondó, es decir, con esta idea inicial reiterándose entre dos episodios que se intercalan. De la tonalidad de Si bemol mayor en que plasmó la idea principal Mozart se aparta hacia regiones lejanas armónica y texturalmente en el segundo de los episodios, el cual adquiere un dinámico dramatismo que alcanza, con hondura, la tonalidad de Sol menor, entre exigentes pasajes de escalas y arpeggios, para reposar, finalmente, en la medida luminosa del tema inicial.

*Allegro assai, alla breve*, el movimiento final es asimismo un rondó pero integrado a la forma sonata, que retorna al Re menor, tonalidad principal de la primera parte del concierto. Poderoso en su enunciación, con rasgos que lo acercan a la futura escritura de *Don Giovanni*, demuestra que el sorprendente virtuosismo del Wolfgang pianista se daba la mano con las ideas profundas discursivas del Wolfgang compositor. En este sentido los caminos armónicos resultan sorprendentes e inesperados mientras el equilibrio entre el solista y la orquesta continúan sentando la base de la obra.